

El nuevo orden mundial



Tom Burns
Marañón

En su edición del 31 de octubre *The Economist* diagnosticó lo que los politólogos llaman el “partidismo negativo” y desarrolló una tesis que causa escalofríos. Publicó uno de esos largos, inteligentes y bien escritos ensayos que tanto gustan a sus lectores. Son piezas provocativas porque retan el pensamiento convencional de mentes acomodaticias y son plausibles porque se apoyan en una profusión de citas, datos, gráficos y encuestas. El artículo de hace una semana auscultó las elecciones presidenciales en Estados Unidos y concluyó preguntando si la antipolítica se merendaría la democracia liberal.

En la edición que hoy pondrá a la venta en los quioscos, *The Economist* seguramente contestará que sí a su sugerente y angustiosa pregunta. Y culpará a Donald Trump. Dirá que el partidismo negativo se comió con patatas el sistema político occidental cuando, muy a pesar de su línea editorial, los votantes norteamericanos le otorgaron un incuestionable triunfo a Trump y a todo lo que dice y representa.

La revista, que ha sido una apasionada forofa de la perdedora Kamala Harris a lo largo de la campaña electoral, será coherente en sus sombríos augurios. La sociedad abierta está arrinconada y esto mismo dicen y seguirán diciendo durante un tiempo prácticamente todos los medios influyentes occidentales. Como se sabe, la mayoría de ellos son indefectiblemente progres.

La victoria de Trump es el triunfo de la antipolítica y la antipolítica es en esencia la política de la queja y del agravio. La democracia liberal es otra cosa. Es una conversación continuada y sin violencia sobre la asignación más eficaz de recursos limitados para el bien común. Eso es algo que la demagogia de Trump no alcanza a entender. Ni quiere.

La antipolítica es una actitud de permanente e iracunda protesta y tiene su correlación electoral. Lo suyo es el partidismo negativo y eso consiste en el rechazo del pluralismo y la competencia de partidos y la querencia por el populismo que señala enemigos y excluye a quienes no comparten su pensamiento único. Se dirige solamente a sus incondicionales y no extiende ni la mano y ni la imaginación para motivar y persuadir a quienes no lo son.

Cuando se impone el partidismo negativo, no se vota a favor de un programa de determinadas propuestas con las cuales se identifica el votante sino *en contra*, sin más, de lo que representa el “otro” a quien se teme y se desprecia. Los de la vecindad, por regla general, no son parti-

La victoria de Trump es el triunfo de la antipolítica, que es la política de la queja y del agravio. La democracia liberal es otra cosa. Es una conversación continuada y sin violencia sobre la asignación más eficaz de recursos limitados. Algo que la demagogia de Trump no alcanza a entender. Ni quiere.



‘Matrioshkas’ rusas con los rostros de Donald Trump, Vladimir Putin y Xi Jinping.

La antipolítica es una actitud de permanente e iracunda protesta y tiene su correlación electoral

darios de ningún partido en particular porque repudian el sistema y desdennan por igual a todos los que operan en ese régimen. En tiempos de antipolítica viran tanto a la extrema derecha como a la extrema izquierda. También a utopías identitarias.

El semanario británico señaló que un estudio de opinión realizado con anterioridad a las elecciones estadounidenses del pasado cinco de noviembre por el *Pew Research Centre*, un prestigioso centro de investigación con sede en Washington, estableció que el 79% de los encuestados consideraban que los partidos políticos eran “divisivos y corruptos” y que al 90% le enojaba la campaña electoral.

Increiblemente solo un 2% de los encuestados por la *Pew* tenía algo positivo que decir sobre la política y el juego partidista. En el Viejo Continente, que depende de Estados Unidos para su seguridad, defensa y bienestar, no escasean estudios nacionales que llegan a parecidas conclusiones.

La principal lectura que se obtiene de la coronación de Trump y de *Make America Great Again* es que la política en Estados Unidos está tóxicamente polarizada. Y si esto se asume, será cuestión de aplicarse aquello de que vemos la paja en el ojo ajeno y no

El Partido Republicano, patricio y cosmopolita, ha desaparecido. No guarda relación con lo que fue

vemos la viga en el nuestro. España no anda a la zaga. De hecho no se queda atrás ninguna de las democracias liberales en la Europa de los veintisiete.

En estos pagos donde ritualmente se celebra el *Duelo a Garrotazos*, el partidismo negativo es la norma. La mitad del censo vota exasperadamente *contra* el Sanchismo, que es la ideología de autoprotección del presidente del Gobierno, y una exigua mayoría en el Congreso de los Diputados, constituida por partidos con agendas que son diversas y en algunos casos contradictorias, vota, unida y prietas las filas, *contra* cualquier propuesta del anti-Sanchismo.

Una emoción nueva

El antiSanchismo es una emoción nueva en cuanto que muestra una intensidad sectaria hasta ahora desconocida. Ningún presidente del Gobierno en los siete que ha habido en la actual etapa constitucional fue tan despreciado como lo es Pedro Sánchez. Tampoco ninguno ha sido percibido como tan presuntuoso, egocéntrico y mentiroso. Es inédito, tanto aquí como en todo país que se precie de ser una democracia plena, que un presidente del Gobierno no pueda aparecer en público sin que le abucheen.

Hubo un tiempo en el que la izquierda contemplaba el futuro. Ahora, se justifica en el pasado

El odio a la derecha, por otra parte, ha sido siempre visceral en España y Sánchez lo agita y construye muros. La frase sagrada de la izquierda exaltada es que ella tiene el monopolio del poder porque la derecha no tiene derecho a gobernar en una democracia. La democracia pertenece a los demócratas y los que votan a la derecha no lo son.

El *mantra* de la exclusión se repite ahí donde el *wokismo* censura a quienes denomina “fascistas”. Este término, que es muy preciso, se emplea a la ligera pero en la España de la “Memoria Democrática” la izquierda “correcta” puede echar mano del vocablo “franquista” que polariza mucho más de lo que debiera. Hubo un tiempo cuando la izquierda contemplaba el futuro. Ahora, en la era de la antipolítica, se justifica recorriendo el pasado.

Ningún presidente del Gobierno ha denunciado tanto a la “ultraderecha” como Sánchez y esto es porque ninguno como él ha creado con su conducta y su política las condiciones objetivas para que ese conservadurismo *trumpista* de la antipolítica se convierta en la tercera fuerza del país. El resultado es que la política parlamentaria, la democrática, la liberal y la educada se bate en retirada. La política es el choque entre el sistema, que es

Pedro Sánchez, sus socios y sus aliados, el bloque de la mayoría parlamentaria de la investidura que se asienta en las instituciones, y los que están fuera de ese *establishment* y que son, por definición, los antisistema.

Inevitable

El deslizamiento hacia los extremos del arco político es inevitable. Son cosas de la tóxica polarización. Esto se sabe bien aquí y se sabe en el entorno del Viejo Continente. Mientras se contaban antes de ayer los votos en Estados Unidos, en Alemania se descomponía la coalición gobernante que dirige el partido socialdemócrata. Habrá elecciones anticipadas y el segundo partido alemán, según las encuestas, es el de la extrema derecha. En determinados Länder le pisa los talones a la derecha democristiana.

De acuerdo con la frentista relación de fuerzas políticas, en España el civilizado bipartidismo y la pacífica alternancia en el poder entre el centroderecha y el centroizquierda es un lejano recuerdo. El Partido Socialista ha sido vaciado de contenido programático y su ideario ha sido sustituido por el Sanchismo, que es la adhesión al nuevo caudillo. Y que en todas partes cuecen habas.

El Partido Republicano de Estados Unidos, antes tan patricio y cosmopolita, el que respetaba la independencia de las instituciones y guardaba las formas, el de Dwight Eisenhower, de Ronald Reagan y de los Bush padre e hijo ha desaparecido. Es ahora *trumpista* y en su vulgaridad y la simplicidad de sus mensajes no guarda relación alguna con lo que fue. Las señas de identidad del Partido Republicano eran el liderazgo por Estados Unidos de las democracias del occidentales, la defensa de la propiedad privada y del mercado abierto, y la promoción del comercio libre. Ahora es el partido que detesta a las elites. Es el de los nativistas, y estos incluye a latinos y afroamericanos, a quienes la globalización dejó atrás.

La inapelable victoria de Trump ha reducido a mínimos cualquier control que puedan ejercer los contra poderes a lo que el presidente decida en el Despacho Oval. Y como, a no ser que cambie la Constitución, no se presentará a más elecciones, Trump no tiene ningún incentivo para moderar sus iniciativas y así atraer al voto centrista con políticas inclusivas. Se está, por lo tanto, ante la *Revolución* que lanza el partidismo negativo. ¿Un nuevo orden mundial? Desde luego no cabe esperar *business as usual*. Según *The Economist*, “cuando la política consiste en odiar al otro, la democracia sufre”.